

NUESTRO ENGELS



Claudia Korol | Renan Vega Cantor | José Castillo | Elvira Concheiro
Pablo Bonavena | Carla Rodríguez | Miguel Vedda | Michael Löwy
Hernán Ouviaña | Alejandra Ciriza

MUCHOSMUNDOS
ediciones



NUESTRO ENGELS

Claudia Korol | Renan Vega Cantor | José Castillo | Elvira Concheiro
Pablo Bonavena | Carla Rodríguez | Miguel Vedda | Michael Löwy
Hernán Ouviaña | Alejandra Ciriza

Las ilustraciones de este libro, lejos de ser una producción individual, se construyeron como parte de un diálogo en permanente ida y vuelta entre quien dibujó (Ignacio Pardo), quien diseñó sobre esas ilustraciones (Esteban Sambucetti), lo dicho por lxs autores/as de los textos y el colectivo editorial en su conjunto.

MUCHOSMUNDOS 
ediciones

Ouviña, Hernán Darío

Nuestro Engels / Hernán Darío Ouviña ; ilustrado por Ignacio Andrés Pardo Vasquez
. - 1a ed . - Lanús : Hernán Darío Ouviña, 2020.

Libro digital, PDF

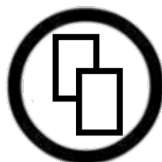
Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-86-7589-3

1. Marxismo. 2. América Latina. I. Pardo Vasquez, Ignacio Andrés, illus. II. Título.
CDD 320.5322



Copyleft



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso compartido o Creative Commons.

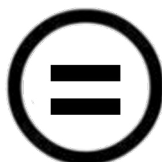
Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (títulos de la obra, autores, editorial y año)



No comercial: se permite la utilización de ésta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o total de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que éstas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

ÍNDICE

Heterodoxia de la tradición engelsiana Muchos Mundos Ediciones	5
Federico Engels y los estudios urbanos críticos. María Carla Rodríguez	8
Sangre, sudor y contaminación en “Algodonopolis” Renan Vega Cantor	21
Engels y la saga de la crítica de la economía política José Castillo	55
Engels revisitado en clave feminista alejandra ciriza y claudia korol	72
¿Arte o tendencia? Sobre la crítica literaria del joven Engels Miguel Vedda	89
Friedrich Engels sobre la religión y la lucha de clases Michael Löwy	102
Repensar la praxis con Engels Elvira Concheiro Bórquez	110
El “general” y el “profeta” Pablo Augusto Bonavena	120
Estado capitalista y revolución de la mayoría Hernán Ouviaña	135
Autores/as	154

Engels revisitado en clave feminista¹

alejandra ciriza y claudia korol*

Es una alegría homenajear a Engels a 200 años de su nacimiento, porque como feministas marxistas, hijas de nuestra época, hemos dialogado con él a lo largo de mucho tiempo. Los años '70 del siglo pasado -inostalgias dinosáuricas!- fueron una oportunidad inigualable para acercarnos al pensamiento marxista. En las condiciones de movilización social y política de ese tiempo, se debatieron intensamente proyectos revolucionarios y emancipatorios.

La tradición marxista estuvo en el centro del pensamiento crítico, y la relación entre feminismo y marxismo fue parte de las búsquedas que incluían temas como la relación entre la producción y la reproducción de la vida humana, el carácter heterogéneo de los sujetos y sujetas de las revoluciones, las relaciones entre las condiciones estructurales y la división sexual del trabajo, entre el mundo público y el privado, entre capitalismo y patriarcado.

Los aportes de las feministas negras cuestionaron la pretendida universalidad del feminismo occidental y eurocéntrico, poniendo en discusión el racismo, el colonialismo, el legado de la esclavitud y de la servidumbre, las herencias de los primeros genocidios en el continente, tal como señalaba Eduardo Galeano en ese escrito que fue leído por nuestra generación, *Las venas abiertas de América Latina* (1971). Esas huellas, que marcaron en la piel y en la memoria las experiencias de violencia sexual contra mujeres indígenas y negras, generaron diferentes modos de percibir las emancipaciones, sospechando de la idea de que las “mujeres” sean un grupo con intereses homogéneos.

Los procesos de descolonización permitieron profundizar las reflexiones sobre las luchas antirracistas. Se interpelaron las perspectivas eurocéntricas tanto de los feminismos como de los marxismos. Se miró críticamente a la familia patriarcal y a la división sexual del trabajo como dinámicas fundantes de la acumulación capitalista. Transgresoras como éramos, saltamos las vallas de la monogamia, la heterosexualidad compulsiva y la educación recibida sin tanta solemnidad ni tanta regla, poniendo en cuestión de hecho los roles asignados y asumiendo una vida de iguales (Vassallo, 2009).

Sin embargo, hubo un marxismo dogmático y un feminismo liberal que pasaron de largo estos debates. Por eso, volver sobre algunos de estos temas puede ser interesante para generar puentes con compañeras y compañeros que se acercaron a la lucha feminista en el 2015 -con el Ni Una Menos-, e identifican su protagonismo reciente con la memoria del movimiento. La interpretación de la masificación de la lucha feminista, de la ola verde, como la “revolución de las hijas”, puede crear simplificaciones, producir el borramiento de genealogías, colaborar con el olvido de una trayectoria y una historia que tienen un recorrido al que queremos nombrar -para visitar desde este nuevo momento que revoluciona una vez más nuestras vidas, pero que no niega

* Nombrarnos con minúscula es un gesto de desobediencia a las normas de una lengua en la que las mujeres entramos con dificultad.

¹ Este texto está re-elaborado en diálogo entre nosotras al borde de la pandemia, partiendo de una intervención realizada por Alejandra en el Centro de Pensamiento Crítico Pedro Paz.

lo pensado, creado y sentido medio siglo atrás-.

A partir de la valoración de la importancia de la masividad actual de los movimientos feministas, intentamos pensar en sus raíces históricas. En ese camino, Engels nos resulta una compañía maravillosa y estimulante, sobre todo para el esfuerzo de recentrar los análisis en lo que tienen de estructural los sistemas de explotación y opresión como el capitalismo, el colonialismo, y el patriarcado.

En este momento el movimiento feminista de mujeres, lesbianas, trans, travestis, se encuentra situado de lleno en el debate por las identidades. Desde nuestra herencia teórica y política del feminismo marxista, queremos pensar a Engels en la perspectiva de los desafíos de este tiempo, compartiendo los interrogantes que se pueden hacer en el presente a textos escritos en la segunda mitad del siglo XIX, y pensando también en la relación entre lo personal y lo político.

La primera obra de Engels, escrita en 1845, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, es un texto que su autor publicó una innumerable cantidad de veces, y en cada ocasión lo precedió de una introducción. Dice en la introducción alemana de 1885 que en 1844, cuando estaba en proceso de escribirlo, no existía el moderno socialismo internacional, y por lo tanto, más que de reescribir lo escrito en 1845, se trataba de traer ese texto escrito 40 años antes, mostrando las claves interpretativas que podía contener para ese presente (Engels, 1845).

Tras los pasos de Engels, vamos a intentar traer al presente el texto escrito en 1884, *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, porque proporciona claves para leer el presente, ubicado como está en el centro de un debate importantísimo para los feminismos. Organizado alrededor de la búsqueda de explicación a la relación entre capitalismo y patriarcado, se pregunta por la historia de la constitución de las familias, las relaciones entre los sexos, la dominación de los hombres sobre las mujeres y los niños y niñas, la relación entre naturaleza y cultura, entre cuerpo y política, poniendo en cuestión las claves liberales, burguesas y capitalistas que tienden a eternizar la idea de individuo aislado, y a dotar de entidad transhistórica la forma burguesa de organización familiar.

Apuntes biográficos:

Lo personal y lo político. La cofundación del marxismo

Celebrar los 200 años del nacimiento de Engels es una oportunidad para recorrer algunos momentos de su vida, para comprender desde esa biografía sus aportes teóricos y prácticos a la elaboración de algunos conceptos fundamentales para la crítica del orden establecido, y para la construcción del andamiaje conceptual que nos permite leer el conflicto social con vistas a una praxis política emancipatoria.

Es fundamental para “conocer a Engels”, comprender su vínculo de amistad y compañerismo con Karl Marx, con quien constituyeron una pareja política y teórica singular en la historia de la humanidad².

² Existe un precioso y breve artículo de Georges Labica que da cuenta tanto del proceso de cofundación del marxismo y el estrecho trabajo de colaboración intelectual entre Marx y Engels, como de la especificidad de los aportes de este último (Labica, 1997).

Cuando algunas y algunos intelectuales interpretan a Engels y Marx como autores individuales de obras separadas y en pugna, lo que hacen es proyectar sobre quienes construyeron el “socialismo científico” -como ellos mismos le llamaron-, las prácticas y formas de trabajo intelectual de muchos académicos y académicas actuales, gente preocupada por la competencia individual, por la originalidad de sus ideas -como si éstas fuesen propiedad privada-.

Hay una experiencia académica de este tiempo que estimula la meritocracia, el afán por publicar “papers”, para validar cada idea como propiedad privada que debe ser citada de un modo concreto para su reconocimiento. Se trata de una práctica que omite el nacer de las ideas desde las prácticas colectivas, el diálogo de saberes, las experiencias sociales. Se interpreta el conocimiento desde la lógica que se ha ido imponiendo en la academia: revistas indexadas, referatos, y un largo etcétera. Se estimula la propiedad privada de las palabras, las ideas, los modos de nombrar, incluso cuando se trata de la teoría socialista o de las propuestas comunitarias. A menudo ese modo de homogeneización a partir de la normalización del presente, impide pensar cómo se fue imponiendo, en qué momento cambiaron las reglas, y el mundo académico se cerró al debate de ideas para concentrarse cada vez más en la obediencia a normas impuestas desde afuera: desde los estándares de la academia sajona, desde los criterios de las denominadas “ciencias duras”, desde la extrema burocratización que todo lo mide, cuantifica y pesa. Es claro que esas reglas se han transformado en condiciones de supervivencia, y quienes habitan en el mundo académico muchas veces se ven en la obligación de asumirlas. Pero vale la pena preguntarse por esas normas que se entienden como el modo de hacer “pensamiento serio”, aceptado, “científico”.

Engels y Marx no tenían esas preocupaciones. Su preocupación primordial, que sostenemos y compartimos, era -tal como señala Marx en la Tesis 11-, la de transformar el mundo. De allí la esterilidad de las perspectivas que analizan la producción de Marx y Engels como si fuesen académicos contemporáneos. Lo que se jugaba entonces no era publicar en revistas indexadas sino transformar el mundo. Pensar en expurgar la obra de Engels o Marx, buscando las ideas originales de cada uno, es una actitud vinculada al individualismo, una actitud que para ellos estaba puesta en el centro de la crítica. Entonces resulta fundamental, y es una posición política decir: Engels es el compañero de Marx, no es su competencia. Abundan en ese sentido los testimonios contemporáneos. Baste recuperar las palabras de Paul Lafargue:

“Tras la derrota de la revolución los dos amigos debieron separarse: El uno se radicó en Manchester, el otro permaneció en Londres. Pero no han dejado de vivir el uno en el otro por el pensamiento: cada día (o casi) durante veinte años, compartieron en sus cartas sus impresiones y reflexiones sobre los acontecimientos políticos y la marcha de sus estudios” (Lafargue, 1904) ³.

Engels mismo pensaba su relación con Marx como una relación de generosísimo intercambio, económico, intelectual, político e incluso familiar. Tenían una amistad basada en una cooperación estrecha, en una confianza intelectual y una admiración mutua muy profundas. Ambos tenían como uno de sus objetivos más importantes combatir la putrefacción del espíritu absoluto, y destinaron a eso escritos como *La Sagrada familia* y *La ideología alemana*.

³ La traducción es nuestra.

Escribieron juntos *El Manifiesto Comunista*, una de las obras más conmovedoras y convocantes que muchos y muchas hayamos leído, un texto con una enorme capacidad para movilizar la imaginación política no sólo en 1848, sino entre quienes fuimos parte de la generación del 60 y del 70, y buscábamos un compromiso fuerte entre el pensar y el transformar el mundo.

Por otra parte, en lo que hace a sus responsabilidades afectivas, Engels se hizo cargo del cuidado de su madre, y de sostener relaciones afectivas con las hijas y el hijo de Marx, llamado Friedrich. Además de sostener a Marx y a su familia desde el punto de vista material, durante un tiempo largo mantuvo una relación estrecha con Eleanor, la hija menor de Marx, que fue activista política y trabajó intensamente en el cuidado de la obra de su padre.

Engels -como Marx- no era tanto un hijo de su familia, sino un hijo de su tiempo, de la Primavera de los Pueblos que había conmovido a la vieja Europa en 1848, que se concretó en movimientos insurreccionales en Francia, España, Italia, Alemania, Austria, Rumania, Hungría y otros estados, llenando de entusiasmo a los nacientes movimientos obreros europeos y a sus intelectuales orgánicos. Si hubiera sido sólo hijo de su familia, habría resultado seguramente un riquísimo empresario textil. Pero renunció a ese lugar, realizando lo que el líder caboverdiano Amílcar Cabral nombró como “suicidio de clase”, para convertirse en combatiente de las barricadas, agitador de muchas tentativas de asaltar el cielo -como la revolución alemana de 1848-1870-. Fue un lector agudo de las condiciones para hacerlo, organizador incansable de la primera Internacional obrera (la Asociación Internacional de Trabajadores, AIT) de la que fue su secretario desde 1870.

El *Informe sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra*, escrito a partir de la experiencia de haber compartido su tiempo con trabajadores y trabajadoras, revela su empatía ante el nivel de explotación y brutalidad del capitalismo de ese momento de acumulación originaria del capital, y de veloz transformación en las condiciones de vida laboral y familiar de quienes devenían proletarios y proletarias.

El interés de Engels por la familia y por la crítica de la organización burguesa de la sociedad no sólo era un asunto de textos. Hubo una relación muy cercana entre lo que pensaba y cómo vivía su propia vida. A contrapelo de los prejuicios de la época, en un momento en que la burguesía, tan hipócrita en sus prácticas, buscaba consolidar la idea de monogamia, del matrimonio heterosexual monógamo, Engels convivió con dos obreras irlandesas, Mary y Lizzie Burns, quienes fueron sus guías en el mundo de los y las trabajadoras. Sostuvo una relación con ambas hermanas hasta la muerte de Mary, y luego sólo con Lizzie. En este aspecto, Engels fue coherente con lo que sostenía sobre las relaciones amorosas, ya que muchas veces escribió la crítica del matrimonio burgués. La tradición marxista moralista y mojigata, se dedicó a barrer bajo la alfombra y a ocultar ese dato biográfico.

Sabemos sin embargo que Engels -como muchos hombres de su época- era homofóbico. En *El Origen de la familia...*, publicado en 1884, escribe a propósito de los modos de familia de la antigua Grecia: “el envilecimiento de las mujeres se vengó en los hombres, y los envileció a su vez, llevándolos hasta la repugnante práctica de la pederastia, y a deshonorar a sus dioses y a sí mismos con el mito de Ganímedes” (Engels, 2017: 45). También en una carta a Marx, respondiendo al pedido de apoyo de activistas del movimiento sexual europeo como Karl Heinrich Ulrichs y Magnus Hirschfeld para

difundir su pensamiento y sus proyectos, le escribió a Marx diciendo que los “pederastas” son “extremadamente contra natura”, considerando que la plataforma de los derechos de los homosexuales de Ulrichs era como “convertir obscenidades en teorías”. Estas miradas homofóbicas -que también compartía Marx-, dejaron su marca conservadora en algunos movimientos socialistas, que en muchos casos reprodujeron sin críticas la moralina de la familia patriarcal, monogámica y heteronormativa.

Por otra parte, la seriedad de sus trabajos e investigaciones, tenía como contrapartida en Engels un singular sentido del humor. Éste aparece registrado en las *Confesiones* (1868), un juego de preguntas que entretenía a las hijas de Marx, conservado por Jenny. En los años sesenta, un bisnieto de Marx acercó la hojita, gracias a la cual podemos tener una dimensión cotidiana de la vida familiar. Mientras la confesión de Marx es un tanto formal, probablemente porque era el padre de las niñas, la confesión de Engels derrama picardía. Una de las respuestas que les da, es que su rasgo distintivo más importante “era saberlo todo a medias”. Engels, sin embargo, hablaba doce lenguas. Escribía no solo en alemán e inglés. Mantenía correspondencia en la lengua rusa con la revolucionaria Vera Zasúlich y con el líder socialista Georgui Plejanov. Escribía además en francés, italiano, español. Conocía las lenguas eslavas y el turco, además del persa, y obviamente el griego y latín -por la formación de la época-. Se puede pensar ese interés como erudito, pero en realidad tenía que ver con el carácter internacionalista de las organizaciones socialistas. Años después, Rosa Luxemburgo también se destacó por hablar una gran cantidad de idiomas -se dice que once-, pudiendo así comunicarse con las y los líderes internacionalistas de su tiempo.

En el juego de *Confesiones*, Engels señala su preferencia por el Château Margaux 1848, el vino rojo por el que tenía tanto gusto como por la revolución y por el rojo de la Internacional. Afirma que no tenía ningún héroe. En cuanto a sus heroínas preferidas, respondió que eran demasiadas para mencionarlas. Marx en cambio nombra como su heroína a Margarita (Gretchen), la desdichada protagonista del Fausto (Engels, 1868).

La capacidad que tenía Engels para situar las cosas en su punto abarcaba su internacionalismo, incluida su relación con Owen y los socialistas ingleses durante su estadía en Manchester; su relación política y afectiva con dos mujeres obreras irlandesas; su interés en la cuestión irlandesa, que iluminó la posibilidad de pensar las relaciones entre capitalismo y colonialismo, pues los irlandeses e irlandesas eran, en ese momento histórico, los proletarios y proletarias de los proletarios. Por cierto era un internacionalismo que continúa la herencia de Flora Tristán, internacionalista y feminista, pues es Flora la primera que advierte que la lucha proletaria será internacional o no será, incluso antes de la conformación de la I^o Internacional⁴.

Sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*

Queremos concentrarnos en las líneas argumentativas de Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, tratando de obtener algunas conclusiones en orden al debate actual. Una de las cuestiones para pensar es cuáles son las condicio-

⁴ Flora formula su propuesta de organización internacionalista de la clase obrera en 1843 en su célebre escrito, *La Unión obrera* (Tristán, 1977 (1843)). Marx y Engels reconocen el valor de su posición en *La Sagrada Familia*. Cfr. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/sagfamilia/04.htm#i>

nes de escritura de ese libro, en un momento de crisis del capitalismo, de transición del capitalismo de la libre competencia al capitalismo monopolístico.

Engels fue capaz de ir registrando a lo largo de su vida los cambios en la relación entre economía, política y cultura, y de advertir cuánto habían cambiado las condiciones de acción para la clase obrera entre 1848 y el fin de siglo, luego del levantamiento y derrota de la Comuna de París.

Por esos años, hacia 1869, un liberal inglés, John Stuart Mill, escribía *The subjection of Women* (un texto que se ha traducido como *La sujeción de las mujeres* o *La esclavitud de las mujeres*), presentando un ideal de feminismo que ha persistido a lo largo de los siglos (Mill, 1869). El feminismo liberal tiene una tradición continua. Es el liberalismo el que ha instalado los ideales más sencillos de reconocer como feministas: la creencia en una especie de hermandad universal de las mujeres, que es inmune a las desigualdades de clase y raciales, y la idea de que en el centro de las demandas feministas están los derechos. El feminismo liberal ha ido consolidándose a lo largo de la historia como “El Feminismo”.

Gramsci diría que las clases dominantes tienen la capacidad de presentar su historia como continua, y como la historia sin más. Entre los logros del feminismo liberal está la construcción de esa imagen del feminismo: demandas de derechos, supuestamente ajenas a los conflictos de clase, vinculadas a la dominación más que a la explotación, como un asunto de política sexual exclusivamente, como alguna vez lo señalara Kate Millet.

A diferencia de otras caracterizaciones de la situación de las mujeres, nombrada a menudo como “condición femenina”, o “condición sexual” -cuando se hace extensiva a disidentes corporales y sexuales- Engels ubica la cuestión de las mujeres en el punto de articulación entre capitalismo y patriarcado, procurando hacer visibles los nexos entre dominación, control y explotación.

Su contribución crítica a la concepción de la familia burguesa, permite ubicarla no sólo como una posibilidad entre otras de organización de las relaciones de parentesco, sino como el modelo de organización familiar adecuado para la organización capitalista de la producción. Si la burguesía construye su modelo de familia monogámica presentándolo como una forma de organización de la vida diaria y de las relaciones afectivas, un modo de arreglo familiar independiente de la organización de la producción, Engels se ocupa de establecer los nexos invisibilizados entre organización familiar y economía política, entre arreglos amorosos y división sexual del trabajo, entre producción y reproducción.

Las sociedades capitalistas necesitan presentar a los/as sujetos/as como individuos contratantes, aislados/as, que tan pronto contratan sus vínculos familiares como la venta de su fuerza de trabajo. La clave está en la homología entre contrato matrimonial y contrato de trabajo. Si los varones venden su fuerza de trabajo en el mercado, las mujeres, cuyo trabajo ha sido despojado de “valor” pues producen bienes de uso, venden su sexo y sus capacidades reproductivas en el mercado matrimonial o en el mercado de la prostitución.

Uno de los grandes encantos de la idea burguesa de familia es que consigue presentar las relaciones familiares como si se tratase del espacio de los afectos, de los arreglos domésticos y los asuntos de la filiación y de la alianza. Los brutales montos de trabajo

impago, las relaciones de poder y sometimiento, los grados de inseguridad a que se exponen las personas, permanecen en una suerte de sombra. La privatización de la familia la despolitiza, a la vez que desdibuja las relaciones entre orden familiar y orden económico, que se convierten en un nexo difícil de percibir y todavía más difícil de conceptualizar.

Engels recurre a una triple genealogía para pensar el origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Necesita dialogar con la antropología, a fin de desnaturalizar la familia monogámica. De allí el recurso al texto de Lewis Morgan *Ancient Society*. Por múltiples razones la apelación a Morgan se ha convertido en uno de los puntos centrales de la crítica hacia Engels, pues se argumenta que se trata de una obra perimida. El escrito de Morgan, que estudia a los iroqueses, es un texto fundador de la antropología como disciplina científica, impregnado de nociones decimonónicas como el célebre esquema barbarie, salvajismo, civilización. En muchos de los debates de los años '60, '70, cuando se iniciaban los estudios de mujeres, esa deuda con respecto a la obra de Morgan fue subrayada como uno de los elementos que hacían del libro de Engels un escrito desechable, porque contiene información científica anticuada.

Algo semejante sucede con la referencia que hace Engels al derecho materno. La idea de derecho materno y de matriarcado procede de la obra de J.J. Bachofen, que sostenía que las mujeres habían sido políticamente derrotadas en el momento en el cual la organización familiar comenzó a atenerse al nombre y a la ley del padre. Bachofen utiliza materiales de la mitología y la literatura griega para pensar, desde el punto de vista jurídico, el ordenamiento patriarcal en sus dimensiones legal, cultural y simbólica. Se trata de un viejo tema en el campo de la cultura europea que ya había sido trabajado en relación a la figura de Antígona y Creonte por Hegel. Esta doble genealogía, la deuda con Morgan y con Bachofen, harían del texto una pieza de museo.

Esa crítica, sin embargo, tiende a minimizar el modo como se entabla la relación pasado / presente, y la manera como el texto se inscribe en la genealogía de las investigaciones que Engels y Marx llevaban a cabo, lo cual constituye el tercer (o tal vez primer) lazo genealógico del escrito⁵.

En ese momento histórico las investigaciones de Lewis y Bachofen eran contemporáneas, a la vez que cumplían una función en la economía de las investigaciones que Engels y Marx estaban llevando a cabo para la desmitificación de la familia burguesa. Aportaban información sobre otras formas de organización familiar que se inscribía en el horizonte de sus propias preocupaciones respecto de la relación entre división social y sexual del trabajo, entre la organización patriarcal del parentesco y pérdida de autoridad y poder por parte de las mujeres, entre organización comunitaria de la producción y otras maneras de organización de la vida familiar.

Uno de los puntos centrales del texto es determinar los efectos que tiene para la vida de las mujeres y los varones la división sexual del trabajo, y la pérdida del valor del trabajo de las mujeres como productoras de bienes de uso, y por otra parte indagar en la importancia social del hecho de que las mujeres fuesen reproductoras biológicas de la vida humana, una capacidad que lejos de haberles otorgado ventajas sociales parece ser la clave de su opresión. El asunto es un verdadero jeroglífico social.

Si en las sociedades denominadas primitivas el trabajo de las mujeres es relevante y

⁵ Cfr. al respecto un extenso estudio introductorio de Alejandra Ciriza para la edición de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* editada por Luxemburg (Ciriza, 2007).

su lugar social cuenta para la comunidad, ese trabajo –convertido en las sociedades capitalistas en un asunto privado- se desvaloriza. Escribe Engels:

“...La señora de la civilización, rodeada de aparentes homenajes, extraña a todo trabajo efectivo, tiene una posición social muy inferior a la de la mujer de la barbarie, que trabaja de firme, se ve en su pueblo conceptuada como una verdadera dama (lady, frowa, frau = señora) y lo es efectivamente por su propia disposición” (Engels, 1884: 36).

Al mismo tiempo, si en las sociedades organizadas comunitariamente el control de la sexualidad de las mujeres carece de relevancia, en las sociedades en las cuales el excedente es apropiado privadamente, el control del cuerpo de las mujeres, de su sexualidad y sus capacidades reproductivas se transforma en una pieza central. Esta observación merece también ser considerada, ya que en Abya Yala coexisten diversas formas de organización social, y hay pueblos completos para los cuales la comunidad sigue siendo el modo de vincularse. La tensión entre la familia patriarcal, y el “Derecho” y culturas que la normalizan, ha sido siempre un elemento de debate para quienes tienen la intención de homogeneizar la cultura, sobre la base de la imposición de la familia y la ley patriarcal. A pesar de la pretensión colonial y capitalista de embellecimiento de la familia patriarcal, y de su identidad como modo de “civilización” frente a la “barbarie” comunitaria, podemos recuperar a Engels cuando analiza que en la familia patriarcal no solamente se trata del control del trabajo de las mujeres, que se convierte en trabajo impago -edulcorado como habilidad natural o amor maternal-, sino también del control de su cuerpo, porque las mujeres son fundamentales para la reproducción de la vida y para la trasmisión de la herencia, de la propiedad privada. Entonces la familia monogámica, patriarcal, no solo tiene que ver con el control del trabajo, sino con el control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres. Hay que asegurar que los hijos sean hijos de ese varón, que transmitirá de manera privada la propiedad.

Estos temas: los efectos de la división sexual del trabajo sobre la vida de las mujeres, el control sobre sus cuerpos y sexualidades, son absolutamente cruciales en este momento histórico en el cual se hace visible que la reproducción de la vida bajo el capitalismo está altamente feminizada y desvalorizada (porque feminizada).

Sobre el concepto de patriarcado

Uno de los elementos relevantes en la elaboración engelsiana, a diferencia de las muchas ideas sobre el patriarcado que florecieron en los años 60-70, es que atiende no sólo a la dominación, sino también a la explotación. Engels ubica los orígenes de la familia monogámica en relación con la apropiación privada de excedentes socialmente producidos, con el ingreso en la historia escrita, y la imposición de relaciones de dominación de los varones sobre las mujeres. La pregunta por la relación entre propiedad privada y organización familiar, entre relaciones de producción y reproducción de la vida humana, se puso en primer plano. La categoría patriarcado proporcionaba herramientas para dar cuenta del control que los varones ejercen sobre el conjunto de la reproducción humana: la sexualidad (pues el dominio patriarcal, a través de complejos dispositivos de poder, establece determinadas relaciones de parentesco que –como decían las feministas italianas- clasifican a las mujeres en putas y santas), la repro-

ducción humana sexuada, y las relaciones de reproducción social (que comprenden el cuidado de los seres humanos en la unidad doméstica, y las tareas de producción de bienes de uso) (Ciriza, 1993).

Esa riqueza de determinaciones, sin embargo, se fue perdiendo a lo largo de la historia de la construcción de organizaciones socialistas para quedar reducida a una contradicción del capitalismo que se resolvería con la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo asalariado. El análisis engelsiano es bastante más complejo.

Engels señala que la familia monogámica y la división sexual del trabajo en una sociedad productora de mercancías, sólo deja a las mujeres dos alternativas: la prostitución pública o la prostitución privada. En un momento histórico en el cual el individualismo afectivo aparecía como la superación de matrimonios concertados y de arreglos familiares ligados a alianzas políticas o necesidades económicas, Engels señala que el matrimonio burgués, lejos de emancipar a las mujeres, las coloca en condición de prostitutas privadas, mientras quienes tienen menor suerte en el mercado matrimonial, sólo tienen la posibilidad de ser prostitutas públicas, con el agravante de que es sobre ellas (cuando ejercen la prostitución pública) que recae el peso de la reprobación social.

Engels retoma la idea de Bachofen sobre el cambio que significó la abolición del derecho materno y su sustitución por el derecho paterno, en el proceso de crecimiento de riquezas en la sociedad. Dice Engels:

“El derrocamiento del derecho materno fue *la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo*. El hombre empuñó también las riendas en la casa; la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Esta baja condición de la mujer, que se manifiesta sobre todo entre los griegos de los tiempos heroicos, y más aún en los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos sitios, hasta revestida de formas más suaves, pero no, ni mucho menos, abolida. El primer efecto del poder exclusivo de los hombres... (es) la ‘organización de cierto número de individuos, libres y no libres, en una familia sometida al poder paterno del jefe... *Famulus* quiere decir esclavo doméstico, y *familia* es el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre” (Engels, 2017: 40).

El poder del padre, y su relación con la propiedad privada y con la herencia, son datos fundamentales de la organización patriarcal. Esto explica también la férrea oposición en la actualidad de los sectores conservadores de la sociedad a aceptar el matrimonio igualitario, que pone en cuestión precisamente este juego de poder masculino fundado en el dominio, la propiedad y la herencia. No se trata solamente de una posición basada en el odio, sino de todas sus implicancias respecto de la estructura de la familia patriarcal y su funcionalidad para la lógica del capital y del coloniaje.

El paciente trabajo de recuperación de los procesos históricos le permite a Engels develar tras las escenas edulcoradas el ejercicio de poder, la dominación sobre las mujeres y el control sobre sus sexualidades, sus capacidades reproductivas y su trabajo, del cual el varón dispone en cuanto jefe y propietario. Las reflexiones de Engels, pensadas desde ahora, nos permiten recuperar los procesos históricos, políticos y económicos a través de los cuales se legitimó y naturalizó la violencia patriarcal, el robo de mujeres, la prostitución pública y privada, e incluso los feminicidios. Dice Engels:

“Para asegurar la fidelidad de la mujer y, por consiguiente, la paternidad de los hijos, aquella es entregada sin reservas al poder del hombre: cuando éste la mata, no hace más que ejercer su derecho” (Engels, 2017: 41).

Contrato de trabajo, contrato de matrimonio, producción y reproducción de la vida

Así como a través del contrato de trabajo el proletario vende su fuerza de trabajo en condiciones que no elige, el contrato matrimonial ubica a las mujeres como vendedoras “libres” de sus cuerpos y capacidades sexuales y reproductivas en el mercado matrimonial. El relato burgués y patriarcal de la libertad de trabajadores y trabajadoras para vender su fuerza de trabajo, y la narrativa del individualismo afectivo y la mujer doméstica encubren, lejos del ideal de la libertad y la nueva organización de la afectividad, un contrato en condiciones desiguales.

El capitalista compra la fuerza de trabajo en el mercado a un precio que no depende de la libertad del trabajador o la trabajadora, sino de las relaciones de fuerza entre propietarios de los medios de producción y proletarios y proletarias. De la misma manera, las mujeres venden su cuerpo en el mercado matrimonial, no en relación a su libre elección sino a esa relación de fuerza previamente establecida.

Para que pudiera suceder esta transacción se dio paso a la monogamia, que al decir de Engels:

“(…)el origen de la monogamia, según hemos podido seguirla en el pueblo más culto y más desarrollado de la antigüedad, de ninguna manera fue fruto del amor sexual individual, con el que no tenía nada en común, siendo el cálculo, ahora como antes, el móvil de los matrimonios. Fue la primera forma de familia que no se basaba en condiciones naturales, sino económicas, y concretamente en el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva, originada espontáneamente. Preponderancia del hombre en la familia y procreación de hijos que sólo pudieran ser de él y destinados a heredarle: tales fueron, abiertamente proclamados por los griegos, los únicos objetivos de la monogamia” (Engels, 2017: 45).

La relación entre la monogamia y la división sexual del trabajo que esclaviza a la mujer, es también apuntada con claridad por Engels:

“(…) la monogamia no aparece de ninguna manera en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aún como la forma más elevada de matrimonio. Por el contrario, entra en escena bajo la forma del esclavizamiento de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria. En un viejo manuscrito inédito, redactado en 1846 por Marx y por mí, encuentro esta frase: ‘La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos’. Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino” (Engels, 2017: 45).

El manuscrito al que alude Engels es *La ideología alemana (1846)*, en el que realizan un intento de explicación materialista de la historia.

¿Cómo sucedió el tránsito hacia la monogamia y su naturalización como el único modo de familia o de vínculos sexo-afectivos posibles, deslegitimándose los distintos modos de poliamor, o las relaciones que se concretan más allá de la familia patriarcal, ocultadas y deslegitimadas socialmente?

Los feminismos actualmente pueden repensar el amor, la sexualidad, el deseo, los vínculos afectivos, no como una conquista liberal e individualista de la “posmodernidad”, sino como una manera de superar las regulaciones conservadoras que ataron el vínculo amoroso a los conceptos de propiedad privada y de herencia.

Las críticas al amor romántico, a las jerarquías establecidas en los grupos familiares –tanto el poder del varón, como el adultocentrismo-, los ensayos de diversos modos de relaciones poliamorosas que cuiden no la propiedad sino la integridad afectiva de los vínculos, el valor de la comunidad, la libertad de elegir, recuperan de la tradición marxista una perspectiva material e histórica. La mirada crítica hacia los límites de esa tradición en lo que tiene de eurocéntrica, de un registro heteronormativo, y en una posición sobre los modos de avanzar hacia la emancipación de las mujeres que no se ha verificado en el devenir histórico –fundada en la esperanza de que la incorporación de las mujeres a lo que entonces se denominaba la “moderna industria” fuera el camino para hacerlo- no impide rescatar lo que sí ha habido de indagación sobre estos temas que devienen centrales en esta instancia de profunda crisis de las condiciones de reproducción de la vida humana y la naturaleza.

El elemento crítico que aporta Engels fue enormemente esclarecedor en un momento en el cual la apología de la familia, las escenas sentimentales, y el imaginario del dulce hogar estaban a la orden del día, aunque no fuera en modo alguno la realidad efectiva de las mujeres de la clase obrera. Feministas anticapitalistas –como Silvia Federici- criticaron que la manera en que Marx y Engels interpretaron la división sexual del trabajo, mantiene invisible el trabajo de la mujer en la casa, donde se reproduce la fuerza de trabajo. Al circunscribir la mirada a la esfera de producción de mercancías, queda invisible todo lo que implica la producción y reproducción de la vida (una dicotomía que puede mirarse críticamente desde la perspectiva actual). Señala Federici que lo que Marx y Engels no vieron es lo siguiente:

“(…) que en el proceso de acumulación originaria, no sólo se separa al campesinado de la tierra, sino que también tiene lugar la separación entre el proceso de producción (producción para el mercado, producción de mercancías) y el proceso de reproducción (producción de la fuerza de trabajo); estos dos procesos empiezan a separarse físicamente, y además, a ser desarrollados por distintos sujetos. El primero es mayormente masculino, el segundo femenino; el primero asalariado, el segundo no asalariado. Con esta división de salario / no salario, toda una parte de la explotación capitalista empieza a desaparecer. Este análisis fue muy importante para comprender los mecanismos y los procesos históricos que llevaron a la desvalorización y la invisibilización del trabajo doméstico, y a su naturalización como el trabajo de las mujeres” (Federici, 2018).

En nuestra mirada, era necesario que surgiera y se desplegara con fuerza la experiencia feminista, para que lo invisible se volviera visible. Esto es importante también para pensar la materialidad que sostiene las ideas de transformación social. Así como el

movimiento obrero en su forja y crecimiento pudo levantarse frente a la explotación capitalista, fue la organización de las mujeres la que posibilitó pensar en la relación estructural entre capitalismo y patriarcado, y los levantamientos de mujeres indígenas y negras las que aportaron a visibilizar los modos en que el colonialismo y el racismo se entretajan con el patriarcado capitalista.

En el centro del pensamiento y del aporte de Engels a estas miradas, se halla una crítica radical a la concepción burguesa de la sociedad, la familia, los sujetos sociales pues su perspectiva contiene una crítica del individualismo burgués, que enlaza con su mirada acerca del proceso de hominización. Para Engels los seres humanos sólo podemos sobrevivir en comunidad, pues nos hemos hominizado a lo largo de un proceso en el que también hemos humanizado la naturaleza, es decir, para Engels y Marx no hay, como sí lo hay para la tradición liberal, la idea de un estado de naturaleza primigenia, sino que la relación con la naturaleza es siempre histórica y social, pues la transformamos a medida que nos transformamos a nosotros y nosotras mismas.

Mientras el pensamiento liberal está montado sobre la escisión entre naturaleza y cultura, y la sociedad se funda por una suerte de salto que marca la discontinuidad con la naturaleza, en la visión engelsiana esos seres que los/las/les humanos/humanas/humanes somos, hemos debido reemplazar la insuficiente capacidad defensiva por la fuerza de la acción colectiva de la horda: es la sociabilidad lo que hace del animal un ser humano, lo que habilita el tránsito de la animalidad a la humanidad. Es en este proceso complejo, no determinado por la biología sino ligado a las formas de organización del trabajo, que se produce el proceso de hominización, un proceso por el cual la naturaleza deviene naturaleza histórica. El planteo engelsiano nos ubica en continuidad con otras especies, a la vez que pone en cuestión un elemento central de la filosofía política del liberalismo, que es la idea de los individuos aislados competitivos y del contrato interindividual como origen de la sociedad y como forma de vinculación de los individuos entre sí: si el contrato asegura la conversión de la posesión en propiedad, también regula las relaciones de trabajo en el mercado laboral y las formas de la afectividad en el contrato matrimonial. De allí la relevancia que tiene la crítica engelsiana como recuperación de las relaciones comunitarias y base de otras formas de sociabilidad.

De las notas sobre prostitución como provocación para pensar

Valdría la pena detenerse en las reflexiones de Friedrich Engels y Karl Marx sobre la prostitución, un debate que hoy atraviesa a los feminismos. Sin pretender agotarlo en esa mirada histórica, cabe puntualizar que Engels se refiere al nacimiento de la prostitución como extremo del “heterismo”, al que considera una práctica sexual promiscua. En el momento en que se impone culturalmente la monogamia, ésta convive con el heterismo. Engels llama la atención:

“El heterismo es una institución social como otra cualquiera y mantiene la antigua libertad sexual... en provecho de los hombres. De hecho no sólo tolerado, sino practicado libremente, sobre todo por las clases dominantes, reprobese la palabra. Pero en realidad, esta reprobación nunca va dirigida contra los hombres que lo practican, sino solamente contra las mujeres; a éstas se las desprecia y se las rechaza, para proclamar

con eso una vez más, como ley fundamental de la sociedad, la supremacía absoluta del hombre sobre el sexo femenino” (Engels, 2017 :46).

Despojado el análisis de la prostitución de la moralina de las versiones religiosas que la condenaban como experiencia de sexualidad abierta, Engels subraya cómo en ésta se expresa la opresión masculina sobre las mujeres que la ejercen. Partiendo de Engels podemos intentar realizar un análisis de la prostitución desprovista de la carga “religiosa” o “moral”, entendiendo cómo actúa en el conjunto de los vínculos sociales, familiares, en la división sexual de los roles, que se establece cuando la mercantilización de los cuerpos es una posibilidad destinada fundamentalmente a mujeres, travestis, trans, lesbianas. Nos brinda así una oportunidad para analizar las relaciones estructurales que se condensan en la organización patriarcal de la sociedad y en la construcción de la misma atravesada por las dimensiones coloniales, racistas, machistas, capitalistas.

Sería necesario también analizar los vínculos entre las redes de prostitución y las redes de trata, y cómo se entrelazan materialmente con las redes de narcotráfico y con el mercado de armas y cuerpos, que siguen siendo capítulos centrales de la explotación y acumulación capitalista sustentada en la crueldad más extrema. Esto no implica desconocer cómo se autopercibe y nombra cada colectivo de mujeres, travestis, trans, lesbianas que ejercen la prostitución, o quienes se reconocen como trabajadoras sexuales, sino pensar en un análisis que coloque a cada una de estas actividades sociales, sexuales, y económicas, en una perspectiva amplia de interpelación a las lógicas capitalistas, patriarcales y coloniales en la actualidad.

La emancipación de las mujeres

Así como la deuda de Engels con Morgan se convirtió en un obstáculo para traerlo al presente, hay otro obstáculo, probablemente mucho más poderoso. La salida emancipatoria para las mujeres, planteada por Engels en el capítulo IX, *Barbarie y Civilización*, es una salida precipitada. Si el conjunto del texto plantea una historia matizada y compleja, en el cierre del texto Engels argumenta que la única forma posible de liberación de las mujeres es la incorporación al trabajo productivo.

“(…) la emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado. La emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando ésta puede participar en gran escala, en escala social, en la producción y el trabajo doméstico no le ocupa sino un tiempo insignificante. Esta condición sólo puede realizarse con la gran industria moderna, que no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige y tiende más y más a transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública (Engels, 2017: 106).

Esa afirmación engelsiana es retomada una infinidad de veces para decir que no hay, no sólo a lo largo del texto, sino en el conjunto de la producción de Engels/Marx, ninguna herramienta interpretativa que permita comprender la especificidad del lugar de las mujeres, pues el marxismo, dicen, es “ciego al sexo”. Iniciada la interpretación del patriarcado en relación con la división sexual del trabajo y el control de las capacida-

des productivas y reproductivas de las mujeres, el marxismo no contaría, desde este punto de vista, con categorías específicas para la lectura de los efectos políticos de la sexuación. Desde Millet a Mitchell, pasando por Hartmann, una larga serie de autoras y activistas han cantado la saga del matrimonio infeliz entre feminismo y marxismo.

Engels bregaba por la incorporación de las mujeres al trabajo público, y por la socialización del trabajo doméstico -devenido una ocupación de todos los miembros de la comunidad-, y predecía su desaparición debido al avance de las fuerzas productivas en un momento histórico en el cual el horizonte emancipatorio que era posible atisbar parecía señalar en dirección a la emancipación del mundo de la necesidad.

La dificultad no se halla en que Engels, hacia fines del siglo XIX, anticipara la posibilidad de la disolución de la vida doméstica debido al avance de la industria, sino en la dificultad para registrar otros elementos que el escrito engelsiano ofrece, e inclusive en la elaboración, que sin lugar a dudas excede ampliamente a Engels para internarse en la sinuosa historia de la tradición socialista, de un rígido determinismo económico que construyó una suerte de esquema según el cual la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo aseguraría, sin más, su emancipación.

Sin embargo, coexisten con esta perspectiva una serie de elementos de los que probablemente podamos obtener incentivos provocadores para pensar:

- La idea de que no habrá emancipación sino cuando exista una generación de hombres y mujeres capaces de construir otras relaciones no sólo en el trabajo sino en el amor, relaciones desmercantilizadas entre sujetos que no se hubiesen visto obligados a comprar ni a vender sexo, es decir, personas educadas en una forma enteramente nueva de libertad sexual y capaces de relacionarse sin temor a la pérdida de la posibilidad de reproducir la propia vida y la de sus hijos e hijas, en el caso de que los hubiese.

Demasiado a menudo el temor a la intemperie y la dependencia económica son buenas razones para permanecer sujetas a una relación indeseada.

La crítica de la mercantilización constituye uno de los asuntos más complejos en el campo de la tradición marxista. Es precisamente vía la mercantilización que es posible considerar cosas cualitativamente muy diferentes como equivalentes, es precisamente en razón de la mercantilización que el trabajo deviene abstracto y que el producto del trabajo se enfrenta a trabajadoras y trabajadores produciendo la fantasmagoría de un mundo de mercancías separadas de quienes las producen. El último avatar de esa fantasmagoría es el dinero que pare dinero, la forma predatoria del capital financiero que imagina la posibilidad de avance sin límite sobre la naturaleza y sobre la vida misma. En ese sentido la tradición marxista aporta una herencia robusta para la producción de una crítica del presente. Avanzar en la desmercantilización de la vida y del trabajo, de las relaciones entre los/las/les seres humanos, humanas, humanes constituye en este momento histórico no sólo una idea normativa, sino probablemente la única salida ante la expansión de la barbarie capitalista

- La reflexión sobre las articulaciones entre capitalismo y patriarcado proporciona una perspectiva que ilumina, desde un horizonte de totalidad, las transformaciones en la división sexual del trabajo y las formas de organización familiar. La atención a las relaciones entre las inflexiones del capitalismo y las transformaciones del patriarcado proporciona claves interpretativas allí donde la sola atención a las identidades o a la demanda de derechos en términos individuales se revela insuficiente.

En ese sentido asumimos que la emergencia del movimiento de reclamo de un salario para las amas de casa constituyó el efecto de una transformación en las relaciones entre capitalismo y patriarcado que hizo visible el carácter impago de la reproducción de la fuerza de trabajo, tal como lo revelaran Dalla Costa, James y Federici en Italia, Benston y James en Estados Unidos, e Isabel Larguía en Cuba (Larguía, s/f). El movimiento internacional denominado *Wages for Housework* demandaba la salarización del trabajo doméstico señalando la capacidad del capitalismo para explotar y beneficiarse de un enorme monto de trabajo gratuito.

Hace algunos años Angela Davis argumentaba en contra de los límites de clase de la demanda de un salario para el ama de casa, a la vez que daba cuenta del proceso histórico que dio por resultado la pérdida de valor del trabajo doméstico merced el avance de la industria. Al mismo tiempo depositaba su expectativa en el avance de la industrialización sobre el conjunto de tareas asociadas al trabajo doméstico. El ejemplo que Davis trae a colación es el de la comida rápida (Davis, 2005).

El asunto es sumamente complejo, pues refiere a la historia desigual de las mujeres llamadas blancas y las racializadas ante el trabajo doméstico, a la historia escasamente narrada de un trabajo definido como no trabajo por contraposición al trabajo asalariado, a la expectativa de su industrialización, que por cierto difiere de la aspiración a su comunalización.

Bajo el horizonte actual el trabajo doméstico, o tal vez sería más propio denominarle de reproducción de la vida humana, que incluye la limpieza y la comida, pero también el cuidado de las personas con algún grado de dependencia, se ha revelado esencial. La pregunta que se abre es si consideramos que la salida se encuentra en la demanda de salarización, o más bien de lo que se trata es de un reparto justo que no haga de las mujeres y personas feminizadas las encargadas exclusivas de una tarea que es a la vez indispensable e inextinguible a manos de la industrialización. La pregunta es, además, si la industrialización es deseable.

- La crítica del individualismo y del contractualismo como elementos centrales de la tradición liberal y la expectativa de recuperación de formas comunitarias de organización de la vida pues la comunidad hace parte de la historia de la relación entre seres humanos y naturaleza.

Como feministas que nos reconocemos en la tradición marxista, volver a Engels, o continuar a Engels, es un modo de proponer un debate de los temas más acuciantes de nuestra agenda política e ideológica, apartándonos de las consignas y la cultura liberal que predomina con su carga posmoderna en la Academia y en muchos colectivos activistas, para proponer una lectura histórica, materialista y situada de nuestras experiencias en el Abya Yala, que en estos años revolucionan una y otra vez la cultura política emancipatoria. Es pensar en el legado marxista sin nostalgias dogmáticas, ni negaciones academicistas. Es volver a afirmar que en la base de las revoluciones están los sujetos y sujetas capaces de rebelarse frente a todas las dominaciones. Y que para comprender esas opresiones es necesario moverse, porque, como decía Rosa Luxemburgo: “Quien no se mueve, no siente las cadenas”. Al movernos, sin embargo, no sólo sentimos las cadenas, sino las huellas de la herencia de las revoluciones marcando caminos.

Bibliografía citada

Fuentes

Engels, F. 2002 (1845) *La Situación de la clase obrera en Inglaterra*. Ed. MIA, 2002. Disponible en <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/index.htm>

Engels, F. 2020 (1868) “Confession”, London, early April 1868. Disponible en MIA <https://marxists.catbull.com/archive/marx/works/1868/04/01.htm>

Engels, F. 2017 (1884) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Ed. Archivo Marx-Engels de la Sección en Español del Marxists Internet Archive (www.marxists.org)

Lafargue, P. 2020 (1904) *Souvenirs personnels sur F. Engels*, en https://www.marxists.org/francais/lafargue/works/1904/00/lafargue_19040000.htm

Marx, K. y Engels, F. 2011 (1844) *La sagrada familia*, Ed. MIA. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/sagfamilia/index.htm>

Marx, K. y Engels, F. 1974 (1846) *La Ideología Alemana, Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán, en las de sus diferentes profetas* (traducido del alemán por Wenceslao Roces), Pueblos Unidos, Bs. As.

Marx, K. y Engels, F. 1957(1848) “Manifiesto del partido comunista”, en Carlos Marx- Federico Engels, *Obras escogidas*, Buenos Aires: Cartago, pp. 9-36.

Mill, J. S. 1869 *La esclavitud femenina*. Con prólogo de Emilia Pardo Bazán. En: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-esclavitud-femenina--O/>

Tristán, F. 1977(1843) *La unión obrera*, Fontamara, Barcelona

Bibliografía general

Ciriza, A. 1993 “Feminismo, política y crisis de la modernidad”, *El cielo por asalto*, Año II, N° 5, otoño 1993, pp. 141-160.

Ciriza, A. 2007 “Retornar a Engels”. Estudio Introductorio a *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, pp. 9-79.

Federeci, S. 2018 *El patriarcado del Salario. Críticas feministas al marxismo*. Sevilla: Libros con duende. Madrid: Traficantes de Sueños.

Galeano, E. 1971. *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Labica, G. 1997 *Engels savant et revolutionnaire*. Paris: PUF.

Larguía, I. (s.f.). “La mujer”. En, Mirta Henault et al., *Las mujeres dicen basta*. Buenos Aires: Nueva Mujer, pp. 71-128.

Vasallo, M. 2009 “Militancia y transgresión”. A. Andújar et al. (Comp.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburg (pp. 19-32).

